

ISLA



Puta Diosa

Fragmento de nouvelle de
Nathalie HC

Página 3

Contrato silencioso

Cuento de Ernestino
Página 13

Se llamaba Ema...

Cuento de Annabel Castro
Página 19

[Fueron días buenísimos, de hacer una y otra vez el mismo paseo de tierra roja a orillas del río, cuesta arriba, cuesta abajo sin más persecutores que los mosquitos. Íbamos al supermercado, jugábamos a las cartas, me enseñaste a cocinar un par de cosas. Gracias a la higiene del alma que ofrecen las rutinas empecé a hablar cada vez menos y nos amigamos en un silencio de dos que me hacía acordar a una hamaca paraguaya blanca y suave, de hilo grueso.]

¿Basta esta descripción para que se sepa hasta qué punto nos queríamos? Porque si hubiera un vínculo sexual entre nosotras sería muy fácil de demostrar: contaría que un día una lloró en brazos de la otra, que hicieron el amor (con planos detalles y tomas que se fugan por la ventana y muestran el amanecer), que se abrazaron al despertarse. Y ya está: a partir de ahí hay un vínculo que todos entienden que ha de perdurar. Y a partir de ahí se hace difícil, conflictivo, que uno confiese al otro su verdadero pasado y sus verdaderas intenciones.

Me veo limitada por el lenguaje de una cultura que sobre el amor de amigas no ha podido decir más que Thelma y Louise, así que seré explícita: yo no quería contarle a Fátima lo que había hecho para no cambiar su opinión de mí. Tampoco quería que se enterara por boca de otro y se creyera traicionada. No quería dejar de estar al lado suyo y tampoco quería que se quedara al lado mío a riesgo de que, al encontrarme, la tomaran por cómplice de mis crímenes. ¿Ven que sí es conflictivo?

Put a Diosa (fragmento II)

Nathalie HC



Una tarde de esas en las que llovía y todo el mundo se quedaba amuchado bajo el alero, fumando y jugando a las cartas, sonó un tono largo y estridente de celular. Fátima estaba ayudando a unos hippies a tejer pulseras y levantó los ojos del macramé para fijarlos en mí. Hacía tanto tiempo que yo no recibía más que mensajes, con un discreto *bzzz*, que me costó reconocer que era el mío el aparato que sonaba. Cuando vi la foto de mi Negrito en la pantalla casi me pongo a llorar, y corrí a encerrarme en el cuarto. Por suerte estaba vacío, a menos que hubiera una espía escondida bajo alguna de las seis camas.

– Hola, Negrito

Dudé si decirle “mi amor”. Afortunadamente lo reprimí, porque él me llamó por mi nombre entero

– Carolina... ¿cómo estás? Llevo días queriendo hablar contigo

– ¿En serio?

– Sí... igual intenté pocas veces. No siempre tengo señal.

– ¿A dónde estás ahora, mi amor? – Sí, “mi amor”. Hasta ahí llegaron mi fuerza y mis ganas de hacerme la digna.

– Estoy en una isla chiquitita en Brasil. Cerca de Curitiba

Aún está cerca. Si me preguntara le diría que fue una mala idea quedarse tan cerca de dónde nos separamos, pero yo misma no he podido atravesar más que una frontera y bien, gracias. Un poco más y echo raíces en este pueblo fantasma.

También tengo ganas de preguntarle qué hace él, que es tan poco afecto al mar y al sobreprecio, justamente en una isla del Atlántico. Parece que una chica lo escuchó haciendo covers de Silvio Rodríguez en un boliche de Florianópolis y medio que se enamoró. Lo invitó a dar un paseo en barco y terminaron allá arriba.

No estoy muy afinada para la geografía brasilera pero por ese relato me imagino que hace días que están juntos. También – que me perdone mi Negrito – sé que él no es tan bueno en guitarra y voz como para que el de ella sea un interés puramente artístico.

– ¿Y qué tal es ella?

– ¿Estás celosa?

– No, mi amor. ¿Ella es celosa?

– No sé, linda. No hemos hablado mucho.

Conozco los “no hemos hablado mucho” de la gente y significan “nos lo hemos pasado garchando a lo bestia”. Me pregunto qué significará en boca de mi Negrito...

Solo empecé a llorar cuando la llamada se cortó. Me hubiera gustado que él me llamara de nuevo, pero la verdad que no podíamos hablar de mucho más. Estuve a punto de tirarme en la cama a empaparla de lágrimas y mocos, pero cuando estaba haciendo ese mini esfuerzo acrobático que requieren las cuchetas, me detuve. Pensé en Fátima, en lo distinta que es a mí, en lo casual de nuestro encuentro, y eso me tranquilizó: él tendrá en esta mujer lo que busca y necesita. Sé que la fuerza que hizo que ella le prestara oreja a su guitarra, es la misma que hizo que yo le hablara a Fati en la estación.

Cuando volví a salir, contemplé la lluvia unos minutos, me metí en una ronda de mate y me enfoqué en mirar, uno por uno, a todos los presentes. Quería reconocer a la persona que más se parecía al Negrito – y, si se daba, la que más se parecía a Séptimo –, supongo que para ensayar una especie de familiaridad, para sentir que estaba en casa, dando vueltas en mi cama de mil plazas, alternando entre ser cuchara y cucharita.

No es por ser mala con la gente, pero la verdad que no se parecían a nadie. Ni en lo morocho, ni en lo alto, ni en lo rubio, ni en lo musculoso de una persona se juega el parecido espiritual. Pero me llegó el sonido de los pájaros, que en su refugio seguían protestando ante la lluvia, y pensé que uno se parece al conjunto de todos los pájaros que he visto desde que salí de casa; y el otro se parece a un árbol gigante que nos quedaba bien en frente del alero, plantado en el terreno del vecino, de esos que tienen grietas toscas y oscuras que acá y allá chorrean savia.

Finalmente, y como Fati seguía jugando a ser artesana, intenté hacer una pulsera yo también, pero solo por observación (no dejé que nadie me explicara). Obtuve desastrosos resultados.

Antes de que todo esto pasara busqué una salida a mis penurias económicas de manera analítica. Además de las planillas de excel que daban cuenta de mis ahorros y de cuántos meses podría vivir sin trabajar – la respuesta solía ser cero –, empecé una lista de trabajos flexibles que me permitieran sostener mi, por llamarlo de alguna manera, “estilo de vida semiburgués”.

Hay dos tipos de personas en el mundo: los que al leer esta consigna lo primero que pensaron fue “vender droga” y los que decantaron por “prostituirme”. También podrías tener el pensamiento lineal de que los hombres cis piensan primero en lo uno, y el resto de nosotras piensa en lo otro. La ilegalidad y la inmoralidad le dan valor al trabajo, o por lo menos es lo que uno se cree desde afuera: desde el taller, el pasillo, el quirófano, la oficina.

Curiosamente, a mí lo primero que se me ocurrió fue vender droga. Lo descarté en seguida, como la mayoría de nosotros, pero ahí estaban los dos grandes rubros, inexplorados, tentadores. Después me fue surgiendo una lista

de cosas más “normales” pero ninguna encajaba a la perfección en las exigencias de ser flexible y costearme los lujitos.

No llegué muy lejos con la lista – eventualmente la vida, por no decir Séptimo, me planteó una alternativa lucrativa y segura – pero ahora que empieza mi viaje he pensado en retomarla. Quiero documentar todas las actividades económicas que realizan los viajeros. Fantaseo con, dentro de un montón de años, elegir quién fue el más ocurrente, el más emprendedor, el que parecía más feliz con lo que hacía, etc. Luego ubicaría a los ganadores y recorrería el mundo entregándoles premios simbólicos cuya forma aún no he decidido.

Estos trabajos típicos de músicos, fotógrafos y artesanos de pulseras los meto a la lista por puro compromiso. Ya pasaron la barrera del cliché. Lo mismo que el hacer tortas, panes y pasteles con restos de comida que te regalan los restoranes. Hamburguesas al pan, brownies, brownies veganos, brownies locos – aunque me parece injusto no contarlos en la categoría de más arriba: como narcotraficantes.

En este hostel había una parejita que viajaba de norte a sur y que, antes de salir de la ciudad se habían mandado a imprimir un montón de imanes con frases motivadoras bajadas de internet. Creo que ellos le dieron en el clavo porque es el tipo de cosa que le arranca una sonrisa a la gente con solo verlo, y compran por una moneda la esperanza de sentirse bien por dos o tres semanas, cada vez que lean eso en su heladera. Lo malo es que el negocio solo funcionaba en las ciudades de ánimo mediocre, porque ni en las felices ni en las sumamente hundidas la gente les hacía mucho caso.

Otra pareja – estos iban de sur a norte – andaba con un pequeño hornito a cuestas y un montón de instrumental e ingredientes para formar y colorear figuras de vidrio. Hacían

adornos: especialmente mandalas y mariposas de esas que se cuelgan de un hilito para transformar la luz en el aire antes de que llegue al piso. Supongo que tendrían una preferencia por las formas planas porque eran más fáciles de almacenar (vidrio, cartón, vidrio, cartón...) en un bolso con rueditas, como los que usan las señoras para ir a la feria.

Ellos para mí se llevan el premio a la actividad económica nómade más complicada porque además de que los materiales (polvos, colorantes, hornito) ya eran de por sí voluminosos, el producto final era pesado y extremadamente frágil. Todo lo que no vendieran en un lugar, tendrían que llevárselo para intentar aprovechar en la ciudad siguiente, y, aunque trataran de mantener ese stock al mínimo, el solo hecho de transportar el carrito de vidrios ida y vuelta desde el hostel más roñoso hasta la plaza principal, pasando por caminos de tierra o veredas agujereadas, es de por sí todo un desafío y un riesgo.

No les pasó esto mientras yo estuve presente, pero me los imagino el día en que alguno de los dos tropiece, o deje el carrito en un lugar inadecuado, y ocasione que se rompa alguna de las piezas que tanto les había costado idear, hornear y cuidar hasta ese día: quizás la favorita del otro. Me imagino la discusión escandalosa que vendría después: a los viajeros asomándose por las ventanas del hostel para verlos, a uno de los dos durmiendo fuera de la carpa a merced de los mosquitos, a Fati intentando meter al damnificado a una habitación sin que los cuidadores se den cuenta, al damnificado dándose por vencido y pasando la noche en vela, entre congéneres, tomando un vino que había quedado sin abrir.

En general no me entretengo en pensar en el fin de las parejas. La gente se separa, y ta. Las uniones más poéticas y esperanzadoras que he visto probablemente terminaron sin que yo me entere: tal vez sin pena ni gloria, tal vez de una

manera que trajo depresiones, odio, una distancia irreversible entre los dos y entre todos sus amigos.

Aunque no me entristece el final de los amores en general, sí me opaca el ánimo el final de las parejitas que viajan juntas en particular. Claro que hay que animarse, vivir la vida. No es plan privarse de dar ese paso junto a unas personas que amas, y que comparten tu sueño, por miedo al mañana.

Una noche, mucho más al norte, mi amiga china y yo salimos a fumar mientras el esposo nos sonreía desde dentro, en uno de esos bares que ni el dueño entiende por qué está abierto todavía. Adentro, yo había hecho un chiste estúpido sobre las maneras de percibir la realidad de los occidentales y los orientales, y ella le había dicho a su compañero *quizás por eso estoy tan harta de vos* y los tres nos habíamos reído mucho.

Sin embargo en la vereda, luchando con los yesqueros humedecidos, mi amiga me siguió la conversación como si aquello no hubiera sido ninguna broma: *Yo sé que me pongo histérica con él, ¡pero por algo es! Hace seis años que estamos juntos. Dentro de poco tiempo todas las células de mi cuerpo se van a haber regenerado.* Le miré el hombro y le señalé ese detalle curioso: el nombre y apellido de su esposo iban a seguir tatuados ahí, por más que las células se mueran y renazcan. *Sí pero, literalmente, no voy a ser la misma persona.*

Mi amiga china es la misma persona que me veía quedar aquí y allá, con cualquiera que me parecía medianamente interesante. Yo la mensajeaba a ella con direcciones de hoteles, matrículas de taxis, y fotos del pasaporte de los tipos con quienes me veía por si resultaban ser violadores o asesinos. Nada iba a impedir mi sufrimiento, pero por lo menos se sentían amenazados. Supongo que fue un 10% por fastidio a ser mi niñera transnacional, y un 90% por enamorada del amor que ella me dijo *Caro, necesitás enamorarte.*

En el momento el marido y yo nos burlamos de esa sentencia y monologamos distintas variaciones de *Ahora que me lo decís así, ¡me convenciste! ¡Lo haré! Conoceré a una persona especial y compartiré la felicidad con ella. Gracias por el consejo.* Pero en los hechos, reconozco que esas palabras actuaron como una especie de conjuro. ¡Y no lo digo por el misticismo que me representa todo lo que sea asiático! Lo digo porque la siguiente vez que toqué a mi Negrito ya no lo pude dejar de acariciar, no pude dejar de reclamarle guisos y besos. Y a partir de ese momento no he hecho más que enamorarme.

Esa noche, después de hablar con el Negrito y buscarlo en las personas, me fui a dormir con las certezas anacrónicas de que la parejita de los vidrios se iba a disolver en breve y de que la china y su rubio estarían recorriendo rutas en una moto, pegadísimos, casados, amorosos. La certeza que más me encendía, me jodía y me fascinaba era la de que mi Negrito tendría la piel despierta.

En nuestra ciudad gris su amor había sido como un león pesado, al que había que tratar con paciencia y respeto, que rara vez se ponía de pie para algún truco. Ahora me parece verlo al sol, en las franjas más salvajes de la isla. El calor le agita las venas de repente, sus ojos dejan de responder órdenes y se le pasan los minutos persiguiendo mujeres de todo tamaño y color con las pupilas. Las acecha, les habla, las seduce, cogen, gozan y a la vez él siente otra sed de lo que yo siempre quise darle y nunca aceptó. Me extraña.

Al día siguiente me despertó un olor repulsivo que venía desde la cocina. Encontré a una nortea que se llamaba Bruna revolviendo una olla gigante y me emocioné de curiosidad, porque estaba re colgada con mi investigación sobre actividades económicas, y porque yo ya sabía que ella era una genia de la bioquímica casera. Bruna encontraba un par de plantas y te hacía champú, cremas, repelentes de mosquitos,

coso para que te deje de arder la piel, para detener la picazón, antisépticos, desodorantes... Sin embargo, lo que había en la olla era una plasta repulsiva que ella empezó a sacar de a cucharones para colocar entre dos tapas de tarta.

RECETA PARA LOS PASTELES DE VERDURA DE BRUNA

- 1. Recorra restaurantes y rotiserías en busca de comida que les haya sobrado*
- 2. Vierta todo lo que parezca relleno de tarta en una olla.*
- 3. Estírelo con 1k y medio de pan rallado. Puede ponerse más, dependiendo de qué tan cuantiosas sean las sobras.*
- 4. Prepare la masa con 1 parte de aceite, 1 de agua y 2 de harina.*
- 5. Hornee. Tendrá kilos de tarta para vender por un costo mínimo.*

Si alguien lee esto, no estoy diciendo que todos los hippies sean roñosos y que no deberían comprarles comida nunca más. Yo no les compré comida nunca más, pero eso es una idea mía, y en el más fino de los restoranes también habrá ratas y cucarachas. En fin, no hay que ser prejuiciosas. Le pregunté a Bruna lo que todos ahora queremos saber: por qué no se dedicaba a vender sus productos de plantas en vez de revender comida vieja, estirada y repulsiva. Me dijo que le parecería mal lucrar con las plantas, porque ellas no le piden nada a cambio.

Dejo un punto y aparte para dar tiempo de digerir esa bella frase, y quisiera que todos pudieran escucharla en el mal español que yo la oí, porque la hace mucho más verdadera. Sí, la idea tiene muchas fallas lógicas, para empezar porque la

comida que ella vendía también venía de plantas que tampoco le pedían nada a cambio. Pero me siento sumamente identificada con la base espiritual de no querer mancillar con dinero eso que hacés tan bien, eso que para vos es todo, ese don que te da la vida.

Así que *prostitución*, está siendo tachada aquí y ahora de mi lista de trabajos posibles. No ya porque piense que no hay nicho para un cuerpo como el mío, ni por el miedo al abuso y al maltrato, sino por haberme acordado de esta chica. Ahora que pienso en las noches que más me he lucido, que más he conectado con la diosa sanadora en mí, y pienso que eso es un poder igual al de Bruna con sus plantas: no admite la corrupción de convertirse en un trabajo.

Por eso mismo mi primer emprendimiento con Séptimo no estaba mal: a nadie le parece un poder superior el sudar bombachas. Nadie cree que ese sea su don en la vida. O por lo menos no creo que justo alguna de nuestras chicas lo sintiera de esa forma. Jamás alguna me dijo, *Caro, ¿esta no se la podemos regalar? Va por mi cuenta.*

Yo siempre me vi mucho más como a una fiola que como a una puta, por más que el ambiente del trabajo sexual termina haciendo caer ese adjetivo sobre todo lo que sea mujer (sobre todo lo que no sea hombre). Y ahora que tengo este momento de lucidez con la norteña y sus plantas me veo las manos manchadas de haber traficado lo que Séptimo ofrecía sin pedir nada a cambio. ¡Cuántas veces se habrá subido al auto diciendo que se olvidó de cobrar! Quedándose inmóvil, con los ojos tristes, como si no quisiera reclamar esa plata. Cuántas veces lo empujé a salir fuera del auto y volver a la habitación como usurero de sus propios dones divinos manifestados en la tierra.

No hay trabajo honesto.

-Carla, tenemos que hablar...

-Está bien...

-¿Vos me querés a mí?

-Claro que te quiero Rubén...

-Yo también te quiero... ¿Me deseás?

-Yo... ¿a qué viene eso?

-Estamos hablando. Te pregunto ¿me deseás?

-Yo...

-No me deseás.

-No... es que...

-No me deseás, lo sé, no es necesario que finjas. Además, yo tampoco te deseo...

-¿Qué?

-Que tampoco te deseo.

-¿Desde cuándo?

-No sé... hace un tiempo...

-¿Y por qué nunca me lo dijiste?

-Supongo que por la misma razón que vos tampoco me lo dijiste a mí.

-Sí... supongo...



Contrato silencioso

Ernestino

-¿Te parezco interesante?

-Eh...

-Estamos hablando abiertamente... una vez en la vida. No temas lastimarme.

-No, no me parecés interesante.

-Hace bastante ¿no?

-Sí. Al principio me encantabas. Sobre todo cuando no te conocía del todo. Me fascinaba no saber algunas cosas de vos. Pero cuando te conocí del todo...

-Te decepcionaste...

-Un poco...

-O del todo.

-Bueno, no del todo pero... Supongo que te idealicé...

-Suponés bien. Por mi parte, admito que en principio no te prestaba demasiada atención.

-¿Cómo?

-Sí. Me alcanzaba con tu belleza, y con esa idealización que hacías de mí. Me sentía admirado. Además teníamos mucha química en la cama. Algo que...

-Hemos perdido...

-¿Vos también lo creés?

-Ay, Rubén...

-Lo sé, lo sé... Si te pregunto algo ¿me respondés sinceramente?

-Supongo que sí...

-¿Has fingido orgasmos?...

-Mmmm... creo que sabés la respuesta...

-O sea sí...

-S... Sí.

-¿Muchas veces?

-¿Qué importa?

-¿Cómo que no importa? ¿No te importa disfrutar, gozar?

-Sí... Bueno sí, muchas veces.

-Vos... ¿hace mucho que no acabás?

-Yo...

-Carla, vamos...

-Con vos no...

-¡Con otro!

-No... sola...

-Ah... entiendo... Yo... Bueno, lo mío no es tan dramático, pero admito que también gozo más a solas...

-¿Te masturbás seguido?

-Mmmm... bueno sí.

-¿Cuán a menudo?

-Mmmm... un par de veces...

-¿A la semana?

-Al... día.

-¡Al día!

-S...Sí.

-Quiere decir que ya no me deseás en absoluto...

-No, no es eso...

-¿Entonces qué es?

-Es que... si por lo menos... No puedo creer que vos no necesites lo mismo...

-¿Qué cosa?

-¿Hace cuánto estamos juntos?

-Cinco años, sabés bien.

-Sí... cinco... En estos cinco años yo te he sido completamente fiel. Lo juro. ¿Vos?

-También. Completamente fiel. También lo juro.

-Entonces, eso significa que en cinco años no hemos experimentado con otros cuerpos...

-No... ¿y?

-A lo que voy es que necesitamos estar con otras personas.

-¿Por qué hablás por los dos?

-Por lo que decía recién: no puedo creer que no necesites estar con otra gente.

-¿Vos lo necesitás?

-Bueno...

-Lo necesitás.

-Sí, Carla, lo necesito.

-Hubieramos empezado por ahí. Así que, resumiendo: no nos gustamos, no nos interesamos, y queremos estar con otras personas... Casi que no hay razones para que sigamos en pareja...

-Es que creo que el problema es nuestra concepción de *la pareja*...

-Sí, eso parece....

-Fuimos muy convencionales. Nos pusimos de novios sin tener un diálogo previo...

-Sí... Hicimos el famoso *contrato silencioso*...

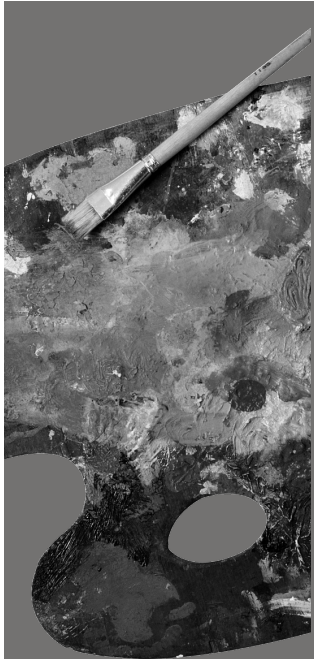
-No hay que ser muy sabio para comprender ese contrato...

-Asumimos que eramos todo lo que el otro necesitaba... *para siempre*...

- Y nos juramos, sin decirlo, fidelidad...
- Nos olvidamos que el tiempo todo lo destruye...
- Nos suscribimos a una especie de prisión voluntaria...
- O tal vez sin el "una especie"... ¿Y si empezamos de nuevo?
- Ok. Me llamo Rubén ¿vos?
- Carla.
- ¿Te sentís atraída por mí?
- No mucho. ¿Vos por mí?
- No mucho. ¿Te parezco interesante?
- No lo sé, apenas te conozco.
- Ja, ja. Lo mismo digo... Bueno... ¿hay algo que nos permita mantenernos en contacto?
- Quizás. Algo me dice que podemos tomarnos cariño. Podríamos intentar ser amigos...
- Algo me dice lo mismo a mí. Y me agrada tu propuesta.
- ¿Amigos entonces?
- Amigos. Y decíme... ¿creés en la monogamia?
- Definitivamente no.
- Yo tampoco. ¡Qué locura!

Parece que se llamaba Ema, me dijo el guardia. ¿Tenía una mirada triste no? Sí, mucho, le contesté. Era hermosa, murmuró. Pensé lo mismo pero no dije nada, me había concentrado en la pintura. Avise que voy a llevarla por favor. La decisión me tomó pocos minutos. Era un trabajo extraordinario. ¿Desde cuándo está en exposición? Esta mañana la trajeron señor. Bien, creo que tuve suerte, le dije entusiasmado, a lo que respondió con un gesto de aprobación. ¿No va a dejar ningún cuadro suyo esta vez? Preguntó mientras se acariciaba la barba. No, estoy un poco demorado con un trabajo, pero en unos días... Está bien, interrumpió, era simple curiosidad... Volví a Ema, la mirada, los tonos de la piel, el pelo...

Esa noche no podía dormir, desde mi cama miraba el atril que sostenía mi obra inconclusa: una escalera lúgubre que llevaba a una puerta entreabierta... algo le faltaba, no podía darla por terminada. Estaba perdiéndole la paciencia y no se me ocurría cómo mejorarla. Me perdía en alternativas y devaneos inútiles. Cuando al fin el sueño empezaba a vencerme llegué a una rotunda certeza: La escalera... la falla está en la escalera... la escalera... la escalera...



Se llamaba Ema...

Annabel Castro

Subí... Subí cautelosamente. Empujé la puerta muy despacito y entré... Ella estaba allí, sentada, esperando... Adelante, me dijo en un tono muy desvanecido, casi apagado. No demora en volver, agregó. Gracias, respondí y me senté para disimular el temblor de mis piernas. ¿Usted también es pintor? Si, le contesté sin dejar de mirarla. Nunca lo había visto antes ¿es extranjero? No, no vengo de muy lejos... es un trabajo extraordinario le dije mientras señalaba el atril. Supongo que sí, no soy muy entendida en arte... sonrió con tristeza. ¿Se siente bien? Está un poco pálida... Debe ser la luz, contestó y caminó hacia la ventana. Sabe, me dijo, daría lo que fuera por ir hasta el río, nadar un rato y secarme al sol... ¿fue alguna vez? Es increíble... dijo sin esperar respuesta. No debería perderselo, es muy hermoso. Apoyó la cabeza en el marco de la ventana y se perdió, no habló por largos minutos. El pelo largo le caía por los hombros, tenía las manos en los bolsillos de la bata y estaba descalza. ¿No fue nunca? No, nunca fui...

Me sobresaltó un golpe en la ventana, el viento había soltado la persiana. Suspiré, no recuerdo si con alivio o con tristeza. Me levanté y fui por un vaso de agua. En la pared de la sala estaba mi reciente adquisición, me paré frente a ella y miré detenidamente sus ojos... No me cansaba de contemplar la perfección de los detalles, y no me podía convencer que su autor no la hubiera firmado. Volví a mi cuarto. Mi decepcionante pintura seguía allí, decidí cambiarla de lugar y la corrí hacia la derecha de la cama, tal vez era una cuestión de

20

ángulo nada más... No, no terminaba de convencerme... era la escalera... la maldita escalera...

Volví a empujar la puerta de la misma manera... suavemente... seguía allí, apoyada en la ventana, con la mirada en cualquier parte. Nunca demora tanto me dijo, póngase cómodo, siéntese. ¿Qué fue a hacer...? Me preguntó, dirigiéndome ahora la mirada. Fui por un vaso de agua .Bajó la vista unos instantes y siguió en lo suyo. Perdone mi indiscreción, interrumpí, ¿vive muy lejos usted de aquí? Sonrió sin mirarme, vivo aquí me contestó, y desde hace meses sólo aquí, en este cuarto asqueroso. Recorrí el lugar con la mirada y pude distinguir en la penumbra, un catre y una mesa muy baja en la que había un plato con restos de comida, un vaso vacío y un cuchillo. ¿No sale de este cuarto? Pregunté desconcertado. No, bajo al baño cuando es absolutamente necesario, a veces debo rogar, agregó levantando una ceja. Los artistas somos un poco obsesivos, comenté para suavizar el tenor amargo de la conversación, que intuía iba a irse incrementando. ¿Un poco...? Mire, si no fuera por... interrumpió sus palabras y bajó la cabeza, yo esperé que continuara pero no lo hizo, volvió a apoyarse en el marco y a perderse otra vez... Si no fuera por...? Intenté que completara la expresión pero ni siquiera me miró. Ema... ¿se siente bien? Giró hacia mí bruscamente, y mirándome a los ojos balbuceó confundida: ¿Quién le dijo mi nombre?

La persiana otra vez, el viento era más fuerte, me costó mucho volverla a cerrar. El aire frío en la cara parecía haberme

despejado un poco. Necesité ver el retrato, mientras me acercaba por el pasillo pude verlo de lejos, estaba en el piso, con la parte posterior hacia arriba. Lo levanté con mucho cuidado y lo volví a colgar. Examiné detenidamente los ángulos inferiores tratando de encontrar alguna rúbrica, pero no había nada. Acerqué mi rostro a ese otro que estaba plasmado en tamaño natural y me quedé en sus ojos... Me pregunté en qué pensaría... estaba muy triste, no había dudas.

Volví a mi cuarto, mi cuadro inconcluso seguía allí, a tres metros de distancia de mis ojos, mi empeño en descubrir ese detalle en el que estaba la falla contrajo mis manos involuntariamente, y una tensión extraña me recorrió todo el cuerpo hasta que los dientes me lastimaron los labios...

Tomé mi paleta y me paré frente a él, en algún momento debo haberla cargado de color rojo pero no lo recuerdo...

Sólo veo el pincel embebido grotescamente posarse sobre el lienzo, allí, en el vértice inferior de la puerta entreabierta, la gota corre tímidamente hacia afuera, llega al borde de la escalera junto a la baranda... y empieza a caer... escalón a escalón desdibujando los límites del mármol y del hierro, cubriendo imperfecciones... la recorre toda, hasta el final, y se detiene... mi respiración se detiene por un instante también... un minúsculo charco bajo el último escalón completa la escena...

Nathalie HC



@piracalamina



alcanfor.rosado@gmail.com

Ernestino



@ernestino__



ernestinoq.tumblr.com



Ernestino Qu

Annabel Castro



annabelcastro@hotmail.com



Annabel Castro



@annabelprofe

Contrato silencioso de Ernestino está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional. ¡Por favor, comparte!



El fragmento de **Putá Diosa** de Nathalie HC está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Por favor reuse y comparte a gusto!



literaturaindependiente.info

 isla.libros

